

## Una libra de carne y sangre, ¿cómo se tasa el deseo?<sup>1</sup>

*Adrián Liberman L.<sup>2</sup>*

### Resumen

---

A partir del drama *El mercader de Venecia* de William Shakespeare, el autor se aproxima a los sentidos y funciones del pago en dinero en psicoanálisis. Se plantea que la inequidad en los intercambios humanos tiene un efecto estructurante, del cual no escapa el cobro de honorarios.

---

En su obra *El mercader de Venecia*, William Shakespeare (1976) arquetipaliza el intercambio disparado e injusto. El judío Shylock, prestamista y usurero le exige al mercader Antonio pagar en carne y sangre la deuda que contrae con él. Esta referencia, proveniente de la literatura, es la que usaré como punto de partida para abordar el tema que nos ocupa hoy. Pienso usar el asunto de la inequidad en los intercambios humanos para dos cosas. Primero para asentar el valor estructurante que esta disparidad tiene, y la importancia que reviste para acceder a la dialéctica del deseo. Esto pasa por una apretada revisión de la dimensión económica en la vida psíquica de los seres humanos. Y si logro este primer cometido, pienso abordar el tema de la economía y el deseo en la relación entre analizando y analista.

Las ideas que expondré hoy no son verdades acabadas, ni reflexiones tersas que dan cuenta de un tópico determinado. Es una apretada e incompleta

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en las Jornadas de Asociación Venezolana de Psicoterapia (Avepsi), 2011.

<sup>2</sup> Miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

síntesis de mis reflexiones acerca de un problema y aspiro que sirvan de estímulo para su discusión posterior.

Los intercambios humanos son inequitativos desde muy temprano. Esta disparidad inaugura la dimensión económica en la constitución de la subjetividad y persiste a lo largo de la existencia.

El ser humano nace en un estado de gran inermidad. Puede sintetizarse esto diciendo que un bebé no es más que un paquete de reflejos neurológicos y necesidades fisiológicas. La supervivencia del infante depende del concurso de otro. Este otro debe asumir la provisión de aquello que el bebé necesita y debe desear que este sobreviva.

Permítaseme una breve digresión aquí: para mí el psiquismo se inaugura con el contacto con el Otro. Las hipótesis de psiquismo fetal me parecen una extensión de la imaginación con poca utilidad clínica.

Así, el adulto cuidador provee al bebé de aquello que considera que necesita. Sin embargo, por más sintonizado que el adulto cuidador esté con el niño a su cargo, en algún momento se va a dar una inecuación entre lo necesitado y lo ofrecido. O la necesidad será suplida tarde o en menor cantidad o se interpretará como hambre lo que es frío o viceversa. Aquí irrumpe entonces la noción de frustración y la de demanda, esta última un término de la economía. Frente a la inequidad entre lo exigido y lo recibido, se aprende a demandar. Previo a esto el bebé hace intentos por dar cuenta de la insatisfacción alucinando con el pecho, pero este recurso no desplaza por completo la insistencia de la necesidad. Así, se aprende a demandar. ¿Qué se demanda? Pues lo que no se tiene, pero se valora. La demanda alude a una ausencia, se constituye por ella. Así la noción de valor, propia de la economía, hace entrada en la vida mental. Y el valor es una atribución subjetiva, va a variar de persona en persona. El valor es plusvalía, es una diferencia imaginada y atribuida.

Esta dialéctica entre necesidad, frustración, demanda y satisfacción es indispensable para poder entrar en el registro imaginario. Esto es la posibilidad de generar representaciones, ideas acerca de lo que se quiere y lo que no. El imaginario es un registro que ayuda a poder enlazar pulsiones, ansiedades con representaciones, que no puede iniciarse si esta inequidad en los intercambios no se da.

Esta complejización aumenta, porque en la medida en que estas nociones económicas van dejando marcas, es posible en otro momento acceder también al registro simbólico. Es decir la posibilidad de pensar y usar el lenguaje, que presentifica en la mente las ausencias. El efecto de estos accesos es que el ser humano pasa de la dialéctica de la necesidad a la del deseo, y

el deseo remite siempre a un resto que nunca es saciado por completo, ni inmediatamente.

Así, el deseo como marca de la humanización será siempre móvil, evanescente y parcialmente insatisfecho. Será una metonimia, una parte que remite a un todo, a un momento mítico donde lo demandado y lo recibido se solapaban sin demora.

Y si esta complejidad no es suficiente, aparecerá otra noción, esta de las ciencias jurídicas, que es la de goce. Con este término me refiero a las condiciones específicas de uso y disfrute. La experiencia clínica muestra que a la gente no solo le cuesta precisar qué quiere, sino que esto se da en condiciones muy particulares. Este goce puede tener las formas más descabelladas, más alambicadas, pero responde siempre a la historia relacional del individuo. Así la dialéctica del deseo implica la pregunta acerca de ¿qué me quiere?, ¿qué me pide el otro? Y estas preguntas pueden tomar la forma del deseo prevenido, como en la neurosis obsesiva o el miedo a su realización, por tanto siempre insatisfecho, como en la histeria o intentando objetivarlo y controlarlo como en la fobia o pensándose liberado de su sujeción como en las perversiones.

Insisto entonces: la inequidad de los intercambios humanos tiene una función estructurante. Permite reconocer al otro como tal, impregnarlo como fuente y meta para las pulsiones, hacerlo objeto de deseo, entrar y salir de la dialéctica del amor, lanzarse al tránsito siempre accidentado de los vínculos.

Resumiendo: los intercambios, sus inequidades, dan lugar a la idea de demanda, valor, plusvalía y ello tiene que ver con poder acceder e instalarse en el registro del deseo. Si lo anterior es verdad, y el deseo es también objeto de intercambio, si circula y se transa de diversas maneras, ¿será que el psicoanálisis es una práctica que puede darse únicamente en economías capitalistas?

Solo apuntaré aquí que los intentos de refundir el psicoanálisis con esa religión muerta que es el marxismo han sido pobres en resultados y generalmente empobrecedores.

Pero, tratando de aproximarme al segundo tópico anunciado, ¿qué es lo que desea alguien que acude a un psicoanalista? y ¿por qué este último le exige dinero?

¿Por qué acude alguien donde un analista? Se me dirá que es porque desea cambiar. Nada más incierto. Incluso aquellos que lo hacen con más entusiasmo y fe abrigan el deseo de no cambiar. Y esto es porque los síntomas y su sufrimiento son creaciones personales, son el capital psíquico del sufriente. ¿A cambio de qué van a desprenderse de ello?

Pero lo anterior, que es parte de la experiencia clínica cotidiana de cualquier analista lleva a otro cuestionamiento, ¿cuál es el producto de un trabajo analítico? ¿Es algo que puede tocarse, que puede transarse en el mercado? Y este cuestionamiento halla su pertinencia en el hecho que el trabajo analítico es un trabajo de pérdida. Es una sucesión de desprendimientos, de duelos, de abandonos de formas conocidas para dar paso a otras más convenientes al analizando. Así se perfila la primera dificultad, parece difícil convencer a alguien por pagar para perder.

Entonces, ¿qué acuerdan intercambiar analista y analizando? Pues palabras, solamente.

Al decir del analizando, el analista ofrecerá, cuando crea conveniente, otro decir. Pero no es un decir cualquiera, sino uno construido en la renuncia deliberada a ser para el analizando nada distinto a un interlocutor. El analista renuncia a ser pareja, socio, compinche de su analizando. No va a responder punto a punto ahí donde el analizando tiene embargada su vida. Se ofrece para ser depositario de todas las pasiones, pero no les corresponderá sino con interpretaciones. El analista también renuncia a ser otra cosa que agente de la verdad del paciente. No va a trabajar para ninguna instancia social, no le interesa convertir a su analizando en puntual contribuyente de impuestos, ciudadano consciente o padre ejemplar. Dice para que emerja la verdad del analizando y para que este se apropie de ella.

Ser convocado como analista implica que uno se ofrezca para acompañar a alguien en un trabajo de pérdidas, de formas patógenas por otras mejores. La oferta es perder para ganar, por lo que el análisis siempre será sentido como caro.

Pero el analista exige dinero también para evitar que el analizando se sienta tentado a pagar con la exhibición de su deseo y su goce. Para marcar una diferencia con ser un asistente voyerista, un *partenair* del sufrimiento de su analizante.

La exigencia de dinero por parte del analista implica convocar al analizante a atribuir un valor a su deseo, a intentar cifrar lo que quiere para sí.

Los honorarios marcan también que pese a todas sus precauciones éticas, el analista es también una persona con necesidades. Es decir que está signado por la castración y trabaja para subsistir.

Pero el pago en dinero es también una señal de alejamiento de los intercambios hechos de carne y sangre. Es probable que en otros momentos las deudas se saldasen con mutilaciones, con sacrificios humanos. Puede ser que otrora la culpa devenida del deber fuera pagada de esa manera. El intercambio de dinero señala la presencia y acción de la civilización, de los

medios simbólicos que sustituyen y relevan de la realidad de las mutilaciones. Se exige dinero y se paga para alejarse de lo que constituye el horror de la obra shakesperiana aludida.

Ahora, como todo intercambio humano, el analítico será inequitativo también. El análisis será sentido como costoso porque tratará de aquello que se quiere y no se tiene o de lo que se desea retener a toda costa.

Y entonces, el asunto de cómo tasar el deseo permanece abierto e irresoluto. Variará de persona en persona, no puede estandarizarse. Como tampoco puede estandarizarse el protocolo de una cura, número de sesiones y duración de la misma.

Y todo esto en un contexto colectivo en el que el Estado delira con la pretensión omnipotente de controlarlo todo.

Pero es solo el deseo y sus inequidades, la diferencia entre lo que se quiere y lo que se sueña tener, lo que permite imaginar que es posible alcanzar algún día las estrellas.

## Referencias bibliográficas

SHAKESPEARE, W. (1976). *El mercader de Venecia*, en *Obras Completas*". Barcelona: Plaza y Janéz.